
Afganistán, diez años después de la “caída” del régimen talibán

Anna Tortajada
Escritora y traductora¹

En marzo del año 2000, recién estrenado el siglo XXI, una mujer afgana, refugiada en Peshawar –una ciudad de Pakistán pegada a la frontera con Afganistán– viajó a nuestro país invitada por una ONG de la ciudad de Sabadell para contar lo que estaba sucediendo desde hacía ya muchos años en su país, sin que la comunidad internacional, ni las Naciones Unidas, ni nadie lo denunciara. De la existencia del Afganistán de los talibán, que se hicieron con el poder en el país entre 1994 y 1996 sometiendo a la población civil a un régimen de una represión brutal, nadie en las altas esferas sabía o quería saber nada y el silencio de los medios al respecto era total.

Esa mujer afgana, junto con otras personas refugiadas en Pakistán, había fundado una asociación humanitaria –HAWCA (*Humanitarian Assistance for the Women and Children of Afghanistan*)–² que destinaba sus esfuerzos de forma prioritaria a la educación. Habían organizado una escuela para niños y niñas refugiados (llegarían a ser tres antes de la caída del régimen talibán y el consiguiente y paulatino regreso de los refugiados a sus lugares de origen); impartían diversos cursos de alfabetización entre las mujeres analfabetas; y gestionaban talleres de bordados y tejido de alfombras, una actividad muy propia de la artesanía afgana, de modo que las mujeres, muchas de ellas viudas con familias a su cargo, tuvieran una fuente de ingresos. Y en el interior del país, donde los talibán habían anulado la totalidad de los derechos civiles, y entre ellos el derecho de las niñas y las mujeres a acceder a la enseñanza o a cualquier tipo de formación, colaboraban con una red clandestina de escuelas y centros de alfabetización, que se extendía y coordinaba por todo el país, en la que trabajaban las maestras que, expulsadas de la enseñanza por la prohibición a las mujeres de trabajar en cualquier oficio y profesión, habían organizado escuelas en sus propias casas.

Antecedentes

Ya durante la guerra fría, Afganistán fue escenario del enfrentamiento de las dos grandes potencias del momento –Estados Unidos y la Unión Soviética– en su afán por repartirse el mundo y sus respectivas áreas de influencia. Con anterioridad, su territorio había sido ya

¹ Anna Tortajada viajó junto con otras dos mujeres a Pakistán y Afganistán en el verano de 2000, durante el régimen talibán. Fruto de esa experiencia nació su libro *El grito silenciado* (Grijalbo Mondadori, 2001). Ha reflejado en otros libros sus experiencias en los campamentos saharauis y en Brasil.

² www.hawca.org

disputado por la Rusia de los zares y por los ejércitos del Imperio Británico, sin que nadie pudiera someterlo.

Codiciado por unos y por otros, Afganistán se vio favorecido por una política de ayudas tanto militares como económicas en la que la Unión Soviética llevaba la delantera a su “competidor”, EE UU. El país accedió a una moderada modernización que conllevó reformas sociales y cierto desarrollo, así como la paulatina incorporación de la mujer al mercado laboral y a los estudios universitarios, a pesar de la oposición y la condena de los líderes religiosos. Ese proceso culminaría en 1964 con la redacción y aprobación de una constitución democrática, en tiempos del rey Zahir Sha. Una constitución que establecía la igualdad de derechos de hombres y mujeres, un gobierno y un sistema judicial laico que estaba por encima de la ley islámica, la creación de un Parlamento, la libertad de prensa y la formación de partidos políticos. Un año después tuvieron lugar las primeras elecciones generales y se constituyó el primer parlamento, entre cuyos miembros había ya cuatro mujeres. Sin embargo, las políticas y los cambios que los gobiernos sucesivos pretendieron introducir en el país, generaron revueltas y el ascenso de movimientos políticos radicales de orientación islamista, surgidos de la universidad de Kabul, opuestos al comunismo. Esa inestabilidad culminaría con el golpe de Estado de 1973 que proclamó la República y puso fin a la monarquía constitucional. El rey Zahir Sha se exilió entonces a Roma, junto con algunos de sus colaboradores, entre ellos el actual presidente de la actual República Islámica de Afganistán, Hamid Karzai.

Los disturbios que amenazaban la estabilidad de los gobiernos pro-soviéticos en Afganistán y el asesinato de sus dos últimos presidentes fue el pretexto para que el 24 de diciembre de 1979 las tropas soviéticas invadieran Afganistán. La población se levantó en armas y Estados Unidos aprovechó la ocasión para enfrentarse a la URSS en territorio afgano, armando y apoyando a las distintas facciones de mujahidines, que emprendieron la lucha contra los invasores. Muchas de esas facciones estaban bajo el mando de los cabecillas fundamentalistas de la universidad de Kabul.

Diez años más tarde –una vez expulsadas las tropas soviéticas, que iniciaron su retirada el 15 de febrero de 1989– esos mismos cabecillas –convertidos ya en *señores de la guerra* con ejércitos propios, y muchos de los cuales hoy ocupan escaños en el parlamento afgano– se enzarzaron en una cruenta guerra civil por el poder, cometiendo crímenes atroces contra la población civil afgana. Todos en Afganistán conocen los crímenes perpetrados por ellos y por sus tropas. Ellos fueron los que destruyeron Kabul; los que asesinaron a poblaciones enteras; los que empezaron con la represión de la mujer, en aplicación de una presunta interpretación de la ley islámica; los que practicaron sistemáticamente los secuestros y violaciones de niñas y mujeres; los que institucionalizaron los matrimonios forzosos por horas, y una violencia generalizada que provocó nuevas avalanchas de refugiados al otro lado de las fronteras de Afganistán con Irán y Pakistán. Una guerra de facciones que se prolongó durante cinco años, hasta que entró en liza una nueva fuerza: los talibán.

Los talibán

Armados y financiados por los Estados Unidos, Pakistán y Arabia Saudí, eran una fuerza de choque, creada y entrenada en las escuelas coránicas de Pakistán, formada con niños y jóvenes procedentes de los campos de refugiados y de los orfanatos. Nunca han tenido una ideología política ni un proyecto de gobierno. Se presentaron a sí mismos como aquellos cuyo objetivo era librar a Afganistán de la corrupción y convertirlo en el emirato islámico “más

puro”, aunque en realidad, iban a servir a los intereses de Pakistán en la zona. Su aparición de produjo en 1994 y en 1996, rodeados de una leyenda de invencibilidad, ocupaban ya Kabul y habían arrinconado a los *señores de la guerra* de las distintas facciones, unidas de nuevo contra los talibanes bajo el nombre de la Alianza del Norte. Sus patrocinadores habían cambiado y mientras Estados Unidos armaba a los talibán, Francia y otras potencias daban su apoyo a los señores de la guerra de la Alianza.

Se impuso el régimen y la paz talibán, la paz del terror.

La población civil se libraba del fuego cruzado y de los atropellos y abusos de los señores de la guerra, pero era sometida en todo el territorio controlado por el régimen talibán, que era prácticamente la totalidad del país, a la anulación total de sus derechos civiles como ciudadanos, así como de los derechos que las Naciones Unidas declararon en su momento como derechos fundamentales o derechos humanos. Una inadmisibles y manipulada interpretación de los principios de la religión musulmana, mayoritaria en Afganistán, se cebó en toda la población –obligando a auténticos absurdos bajo amenaza de muerte u otros castigos físicos arbitrarios–, pero en especial en la población femenina. Desde el momento en que los talibán tomaban una ciudad, se obligaba a los hombres a llevar barba de una determinada longitud y el pelo corto; a vestir el traje tradicional afgano; a destruir televisores, aparatos y películas de vídeo, cintas de música y libros que contuvieran cualquier tipo de imágenes. Se prohibió todo derecho de reunión y asociación; se prohibió escuchar música y leer otra cosa que no fuera el Corán; se cerraron las emisoras de radio; se obligaba a los hombres a acudir a la mezquita para los cinco rezos prescritos, no solo el viernes, sino todos los días, y se castigaba duramente, con palizas y otros castigos corporales la más leve infracción. Para las mujeres afganas, el régimen talibán supuso un tormento mayor: se les prohibía trabajar, recibir cualquier tipo de formación, salir a la calle solas, relacionarse con hombres que no fueran miembros de su familia, acudir al médico o ser atendidas en los hospitales, y estaban obligadas a salir cubiertas a la calle con lo que ahora conocemos sobradamente como un burka. Para escarmiento de la población y como herramienta de represión y de terror, se obligaba a la gente a asistir a las ejecuciones y aplicaciones de castigos corporales, que eran públicas y se hacían en los campos de fútbol o polideportivos de las ciudades.

Muchas mujeres, viudas de las sucesivas guerras, que tenían a sus familias a su cargo, al no tener una fuente de ingresos a causa de la prohibición de trabajar, se vieron abocadas a la mendicidad –aunque también prohibida y penada con azotes– a la prostitución –prohibida pero de la que los talibán eran los principales usuarios y clientes– o directamente al suicidio. Muchas mujeres, que no podían acudir a los hospitales ni recibir atención médica, murieron por enfermedades de fácil cura o por complicaciones en el parto. Las mujeres que no se suicidaron, las que no se sometieron ni fueron doblegadas por el terror o convencidas en su ignorancia de que las normas talibán respondían verdaderamente a lo que la práctica correcta de su religión les exigía, se organizaron en la clandestinidad. Las hubo que, habiéndose dedicado a la enseñanza en su vida anterior a la llegada de los talibán, organizaron escuelas en sus casas, a fin de que «cuando pase este horror –decían– haya al menos un puñado de mujeres que hayan recibido un mínimo de formación y puedan contribuir a la recuperación y a la reconstrucción de nuestro país». Las había, que habiéndoseles prohibido ejercer la práctica de la medicina en los hospitales y centros de asistencia médica por el hecho de ser mujeres, se organizaron también para visitar en sus casas, de forma clandestina, con el maletín oculto bajo el burka, a las mujeres enfermas, a las que se había prohibido ir al médico. Las había que organizaban en la clandestinidad

reuniones de mujeres para hablar de sus derechos y hasta para celebrar a escondidas del régimen el 8 de marzo.

Una de las organizaciones de mujeres afganas más activas en la denuncia y la defensa de los derechos de las mujeres a lo largo de todos esos años de represión fue RAWA (*Revolutionary Association of the Women of Afghanistan*)³ que se ha definido siempre como una organización política que, por circunstancias y razones obvias, dados los diversos conflictos bélicos por los que ha pasado su país, tuvo que llevar a cabo también tareas de carácter humanitario.

RAWA, la Asociación Revolucionaria de Mujeres de Afganistán, se formó en Kabul en 1977, todavía en “tiempos de paz” como una organización política independiente de mujeres afganas, una organización feminista, como las que se dieron en su momento en nuestro país, y que luchaba por los derechos humanos y una mayor justicia social en su país. Sus fundadoras fueron un grupo de mujeres intelectuales cuyo objetivo era involucrar al mayor número posible de mujeres afganas en actividades sociales y políticas que contribuyeran al establecimiento de un gobierno democrático y laico y al reconocimiento de los derechos de las mujeres. En 1987 su líder fue asesinada por agentes afganos de la KGB en complicidad con uno de los cabecillas fundamentalistas y futuro señor de la guerra, Gulbuddin Hekmatyar.

Durante años y años, miembros de RAWA recogieron testimonios, acudieron a las ejecuciones con una cámara de vídeo bajo el burka, reunieron y acumularon pruebas que permitieran llevar ante los tribunales a los criminales de guerra de las distintas facciones, incluidos los talibán, el día que su país recuperara las libertades y para que nadie pudiera negar las atrocidades cometidas. Durante todos esos años, y aún hoy, siguen denunciando a los criminales y verdugos de la población civil afgana en los foros mundiales. Así como otras organizaciones de carácter humanitario, como HAWCA, fueron legalizadas cuando se reinstauró la democracia en Afganistán y tienen ahora su sede en el país, RAWA continúa considerándose ilegal y sus integrantes están amenazadas de muerte.

Nada de esto se había hecho público en el año 2000, ni nadie ponía el grito en el cielo ante la permanente violación de los derechos humanos en Afganistán cuando la entonces presidenta de HAWCA recorrió gran parte de la geografía española denunciando la situación en su país y la de los refugiados afganos en Pakistán a los que hacía más de siete años que el ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) no atendía ni les daba el estatus de refugiados que les habría garantizado ciertos mínimos que les permitieran sobrevivir con dignidad. Naciones Unidas solo se ocupó de los afganos que huían de la guerra y les reconoció sus derechos como refugiados durante los años de la invasión soviética. Los que escaparon de la guerra civil entre las facciones fundamentalistas encabezadas por los *señores de la guerra* o de la represión talibán, sobrevivieron como pudieron en Pakistán, dedicados a la mendicidad o trabajando –familias enteras, día y noche– en las fábricas de ladrillos pakistaníes en condiciones próximas a la esclavitud.

El periplo de esta mujer por diversos puntos del Estado, en Catalunya, Madrid, el País Vasco y el Principado de Asturias dio pronto sus frutos. Numerosas entidades, organizaciones, asociaciones y personas particulares se interesaron por lo que estaba sucediendo en Afganistán y se dispusieron a aportar su granito de arena. Ese mismo verano, tres mujeres corrientes –una periodista, una puericultora y una escritora novel– viajaron desde Catalunya a Pakistán y desde allí consiguieron llegar a Kabul donde se entrevistaron

³ www.rawa.org

con diversos grupos de mujeres, maestras de las escuelas clandestinas, doctoras, activistas políticas, recogiendo sus testimonios de primera mano. También en Pakistán visitaron campos de refugiados, conocieron algunas de las escuelas y asociaciones creadas por la propia población afgana y se comprometieron a difundir esa información y a denunciarlo rombiendo el silencio de la comunidad internacional.

Entre los medios que se emplearon para esa tarea de denuncia cabe mencionar las numerosas charlas que se dieron durante aquel mismo año y el siguiente por toda la geografía española a petición de ayuntamientos, asociaciones y organizaciones de todo tipo; su comparecencia ante el Congreso de Diputados y el Parlamento de Catalunya, y las entrevistas en infinidad de medios de comunicación estatales, locales y de América Latina; la publicación de numerosos artículos y reportajes en prensa, la publicación de *El grito silenciado: diario de un viaje a Afganistán*, que estuvo durante mucho tiempo en las listas de los libros de no ficción más vendidos y fue traducido a una decena de lenguas; la publicación en diciembre de ese mismo año de una novela para jóvenes, *Nahid, mi hermana afgana* que sigue reeditándose en catalán y es elegido año tras año como libro de lectura en muchos centros de enseñanza de Catalunya y Andorra; su objetivo fue y sigue siendo acercar a los más jóvenes una información que se ha escamoteado en los medios y una visión de Afganistán y de la población afgana que no tiene nada que ver con lo que estamos acostumbrados a ver y oír sobre ese país desde la ocupación por tropas extranjeras tras la caída del régimen talibán.

ASDHA (*Associació pels Drets Humans a l'Afganistan*)⁴ fue otro de los frutos de ese viaje. Una asociación que durante los primeros años de su existencia buscó complicidades y fórmulas que permitieran, además de la denuncia, la financiación, en concepto de proyectos de cooperación, de las actividades de HAWCA en el ámbito de la enseñanza (inicialmente para las escuelas de esta organización en Pakistán) y en la red clandestina de escuelas en el interior de Afganistán. Las encontró en el Principado de Asturias, en el País Vasco y en Cataluña, de modo que desde diciembre del año 2000 hasta el día de hoy ASDHA canaliza y contribuye a las ayudas destinadas a proyectos de colaboración que se han ido diversificando y ampliando, cooperando con diversas organizaciones afganas, hoy legales en su país, que trabajan en diversos ámbitos y organiza cada año en Barcelona unas Jornadas sobre Afganistán.

La caída del régimen talibán

Los atentados perpetrados en EE UU en septiembre de 2001 dieron un vuelco al silencio que rodeaba la situación que padecía la población afgana. Bin Laden, el supuesto instigador de los atentados, un saudí afincado en Afganistán desde la guerra de EE UU contra la Unión Soviética en territorio afgano y formado por la CIA, del que nadie antes había oído hablar, fue reclamado por EE UU al régimen talibán, que se negó a entregarlo. Entonces, en represalia, como venganza y para escarmiento, de modo que nadie osara jamás volver a atacar a EE UU en su propio territorio, los aviones estadounidenses bombardearon Afganistán durante meses, día y noche, supuestamente en busca de Bin Laden, para derrocar de paso al régimen talibán y «devolver la democracia al país». Fue durante esos meses de bombardeos masivos cuando se extendió el uso de un término que se ha vuelto habitual: los *daños colaterales*,⁵ los miles de civiles afganos que murieron en esos bombardeos.

⁴ www.afgancat.org

⁵ Este término se acuñó durante la I guerra del Golfo y se utilizó también a raíz de los bombardeos de la OTAN en los Balcanes en los años noventa (N. de la E.)

Al mismo tiempo, se pactó con los sanguinarios cabecillas de la Alianza del Norte, a los que la población civil sigue temiendo aún más que a los talibán, para que, apoyados desde el aire, recuperaran por tierra el territorio controlado por el régimen talibán. A cambio –y protegidos por la ley general de amnistía de todos los crímenes de guerra que proclamaría poco después el gobierno de Karzai– ocupan hoy la mayoría de escaños del Parlamento afgano; son los principales narcotraficantes del país, el primer productor de opio de mundo; conservan sus ejércitos privados y han aprendido a hablar de derechos humanos, de los derechos de las mujeres, de la democracia y la constitución, y así poder relacionarse con los representantes de los gobiernos extranjeros que se vanaglorian de haber devuelto las libertades fundamentales a Afganistán.

La realidad es otra.

Tras derrocar al régimen talibán, la comunidad internacional intervino en la creación de un gobierno provisional cuya tarea sería redactar una nueva constitución democrática y convocar elecciones. Se hizo regresar a Afganistán al anciano rey Zahir Sha y a sus seguidores, el llamado grupo de Roma, entre los que se contaba Hamid Karzai, que fue nombrado presidente interino. Se permitió a las mujeres participar en los debates y comisiones sobre el texto de la nueva Constitución y consiguieron que recogiera sus derechos. Sin embargo, su aplicación y la de los diversos derechos constitucionales depende de la voluntad de los *señores de la guerra* y de los gobernadores o autoridades locales, que sí son afines a los fundamentalistas, la vulneran sin el menor empacho y siguen aplicando versiones represivas de la ley islámica, prohibiendo a las niñas el acceso a las escuelas o impidiendo a las mujeres trabajar; castigan a las mujeres duramente y permiten los matrimonios forzosos y la venta de niñas y jóvenes, todo ello prohibido por la ley. Pero la autoridad del gobierno de Kabul prácticamente se limita a Kabul, y no existe un cuerpo de policía capaz de hacer cumplir la ley, puesto que la corrupción en Afganistán está tan generalizada que casi podría decirse que se ha convertido en norma.

Actualidad

Diez años después de aquel primer encuentro con una mujer afgana que dio a conocer en diversos lugares de España la situación de su país, de la población civil afgana y en especial de sus mujeres, otra mujer afgana, Malalai Joya, ex diputada del parlamento afgano presuntamente democrático, presentaba en Barcelona y en Madrid su libro autobiográfico: *Una mujer contra los señores de la guerra*.

Malalai Joya nació en Afganistán en 1978, tres días antes de que se produjera el golpe de estado que daría pie a la invasión de las tropas soviéticas. Pudo educarse en una de las escuelas que gestionaba RAWA, la organización política de mujeres afganas, y desde muy joven se implicó en tareas de carácter humanitario y más tarde también en la política. Durante el régimen talibán Malalai Joya participó en la creación de las redes clandestinas de escuelas para niñas, en la gestión de una clínica y en la de un orfanato. Tras la caída del régimen talibán, fue elegida delegada por su región para participar en la redacción de la nueva Constitución afgana y en las primeras elecciones democráticas que se celebraron en el país una vez expulsados los talibán. Fue elegida diputada y ocupó su escaño en el nuevo parlamento. Desde allí, Malalai Joya, actuando como parlamentaria, y también en numerosas conferencias por el país y en el extranjero, denunciaba la presencia en el Parlamento y en cargos de gobierno de los *señores de la guerra* y de los criminales de guerra fundamentalistas. Sus denuncias la han convertido en objeto de amenazas de muerte desde

los mismos escaños del parlamento de donde ha sido expulsada y se le ha arrebatado su escaño de manera ilegítima e ilegal. Ha sufrido diversos atentados contra su vida y con frecuencia debe cambiar de domicilio y ocultarse, sin que por ello Malalai Joya hay dejado de denunciar por el mundo lo que está sucediendo en su país y la responsabilidad de los gobiernos democráticos que lo permiten y lo han propiciado.

El caos y la corrupción se han apoderado de Afganistán. La presencia de tropas extranjeras y de un sin fin de organizaciones, genera toda clase de actitudes que oscilan entre el alivio inicial y el rechazo actual; entre el deseo de que se retiren y el temor de que se marchen y dejen a la población civil de nuevo en manos de los *señores de guerra*. La tarea de reconstruir el país y las infraestructuras –a menudo un medio de blanquear las enormes riquezas de los parlamentarios narcotraficantes– es ingente. La esperanza que alimentaron los hombres y mujeres afganos que anhelaban la caída del régimen talibán para recuperar su país se ha visto frustrada. Sin duda, muchas cosas han cambiado para mejor en Afganistán y las hijas de esas mujeres emprendedoras y osadas que se organizaron en redes clandestinas por todo el país para aprender y para formar, para debatir y tomar partido, para recordar que tenían derechos y un país, vuelven a las escuelas –allí donde la ley y la Constitución sí se aplica– y las mujeres, que fueron las que más padecieron la brutalidad de los diversos grupos combatientes –que ha quedado impune– siguen empeñándose en tomar las riendas, en recuperar su espacio. Son las mujeres que no desfallecieron, las que siempre y aun bajo la más feroz de las represiones soñaron y esperaron y creyeron que lo conseguirían. Y si no ellas, lo conseguirían sus hijas. Y si no, las hijas de sus hijas.

Las mujeres afganas que jamás se rindieron –y con ellas, por supuesto, sus maridos y sus extensas familias, sin cuya complicidad no habrían podido hacer muchas de las cosas que hicieron– siguen activas, y lo hacen ahora a cara descubierta, aunque mostrar el rostro hoy pueda costarles literalmente la vida y no son pocas las que, desde la “reinstauración” de la democracia, han sido asesinadas. Las mujeres afganas que no se han rendido siguen empeñándose en recuperar oportunidades y libertades a pesar de la discriminación a la que siguen sometidas y de tantas y tantas prácticas anticonstitucionales, todavía habituales –porque a las niñas todavía las casan con viejos a cambio de una elevada dote sin que las autoridades intervengan– cuando no es el propio Parlamento –ese parlamento dominado por los *señores de la guerra*– el que aprueba leyes contra sus derechos y libertades. Sin embargo, no cejan en su empeño, para que sus hijas tengan un futuro distinto. Un futuro que pasa por la formación. No solo de las mujeres. También de esos niños y jóvenes que nacidos bajo los regímenes fundamentalistas y deformados en sus escuelas, consideraron que una muchacha de Herat, finalista en la Operación Triunfo afgana, merecía morir por haber bailado en el escenario.

La esperanza es mujer en Afganistán. El futuro, como la paz, pasa por las mujeres que a pesar de todo han salido adelante y siguen bregando en un presente convulso y duro. La tarea es colosal. Los obstáculos tremendos. El apoyo escaso o nulo. El silencio internacional, una vez más, cómplice.

Las mujeres afganas, sin embargo, no es probable que a estas alturas vayan a rendirse.